

Reseña

Autor explora impacto de las luchas magisteriales en Mexico

Ávila Carrillo, E. (2019). En defensa de las luchas magisteriales.

Ciudad de México: Quinto Sol.

Juan Fernando Álvarez Gaytán¹

El movimiento magisterial en México ha sido sometido a una campaña de desprestigio en los medios de comunicación que trata de denostar su liderazgo social. Esto es que en el ideario cotidiano, con una campaña de desprestigio, se pretende instalar la idea de que maestras y maestros que luchan, son incompetentes, flojos o revoltosos; por otro lado, la política educativa de los últimos 30 años, pretende instalar en el sentido común dominante, que cualquier persona, de profesión indistinta y sin preparación pedagógica, puede ser docente y así, bajo la apócrifa concepción de que las organizaciones de maestros son un grupo de intereses creados, su profesión y su lucha se presentan a través de una figura denostada.

Enrique Ávila Carrillo asume la tarea de mostrar la

legitimidad de las luchas magisteriales en su libro “En defensa de las luchas magisteriales”. Si bien el autor reconoce que se trata de un trabajo cuasi narrativo, la obra posee un soporte histórico-argumental que recupera libros, artículos, notas periodísticas y folletos.

Nuestro autor inicia su recorrido desde el México independiente (1821), como escenario propicio para la gestación del maestro que, al tiempo que reafirma la libertad de cátedra, busca la transformación social y lucha contra el control político. Aunque se describen casos de un profesorado ciudadano que se compromete con la causa social —piénsese quizá en un Miguel Hidalgo o un José María Morelos, quienes desarrollan su pensamiento libertador en Valladolid²—, los rasgos de un maestro que propaga la cultura y pelea por

[1] Investigador Independiente. Correo electrónico: mtro.fernando@outlook.com

[2] Curas iniciadores de la Independencia de México, que lucharon contra la colonia española.

mejores condiciones de vida son, para Ávila Carrillo, prácticamente inherentes al profesor rural, ya que en cada una de las comunidades decimonónicas en donde desarrolla su labor, ve reflejadas las formas de vida y penurias que ha padecido, en tanto su origen es humilde y campestre. Bajo estos antecedentes es que aparecen algunos de los primeros conflictos magisteriales que refiere el trabajo: vigilar a los maestros “en el cumplimiento de sus programas, (...) para que no enseñaran nada contra (...) las buenas costumbres” (p. 19), lo que marcaría el inicio de las disputas entre el magisterio y quienes detentan el poder.

Una vez que el profesorado comienza a cuestionarse el orden social, la emancipación y el cúmulo de ideas libertarias, serán una constante en las diversas perspectivas del magisterio. Así, por ejemplo, profesores como Vidal Alcocer³ pusieron en práctica proyectos civilizatorios, como los de los socialistas utópicos. La proyección de postulados contrahegemónicos, permite al maestro denunciar la explotación, exigir mayor gasto social y la creación de empleos. Figuran, al mismo tiempo, destellos del valor social del docente, como cuando Benito Juárez⁴ ordena en 1861 que los pueblos pequeños debían contar con un profesor. Con la laicidad, los mentores inician la exigencia de justicia social en sus comunidades, a la luz de la inequidad que se vivía durante el Porfiriato⁵ y bajo el cristal ahora secular de sus perspectivas.

La construcción y expansión del sistema de Escuelas Normales⁶ logró conjugar las aspiraciones pedagógicas de los profesores, inscritas en un marco epistemológico que se alejaba de la religión, pero además sirvió de base para ofrecer los primeros componentes de una labor que ahora se profesionalizaba. A este respecto,

las luchas magisteriales incluyen un ingrediente más a sus reivindicaciones: el tema salarial. Mediante una formación docente que descansa en los principios de libertad, justicia y democracia, la batalla ideológica otorga fundamentos a los reclamos económicos. Dichas reivindicaciones confrontaron, posteriormente, la educación positivista, a través de las propuestas utópicas del socialismo que Plotino Constantino Rhodakanaty⁷ o Julio López Chávez⁸ promovieron, verbigracia, bajo el objetivo de mejorar las condiciones materiales de vida. No obstante, las organizaciones magisteriales de finales del siglo XIX sólo pudieron cristalizar en mutualidades o cooperativas y no como un sindicato en sí. La principal dificultad era cómo organizarse dentro un extenso territorio y, además, vencer los obstáculos que tenía intentar conciliar las perspectivas anarcosindicalista y marxista, entre otras.

A inicios del siglo XX, según explica el libro, el profesorado mexicano ostentaba una buena formación pedagógica, es la época de oro, tanto del legado de grandes maestros, como su continuidad con los discípulos⁹, pero sus remuneraciones no correspondían con su perfil teórico, práctico y metodológico. La designación de los emolumentos era arbitraria y, en suma, precaria. Al mismo tiempo, se había creado la figura de Inspector Escolar, como un agente burocrático más cercano a los maestros que incidía en las formas organizativas. La excelsa época pedagógica se empañaba por las ideas de personajes¹⁰ que evitaban la organización magisterial horizontal; las mejoras laborales sólo pudieron pronunciarse a través del programa del Partido Liberal Mexicano, ya que ni F. I. Madero¹¹ lo contemplaba. Con todo, el papel del maestro en los albores de la Revolución Mexicana (1910), se teñía de valores como la justicia

[3] Educador mexicano (1801-1860).

[4] Presidente de México de 1858 a 1872, cuyo origen era indígena.

[5] Período de dictadura de Porfirio Díaz Mori (1877-1880; 1884-1911).

[6] “La primera Normal en el sentido estricto de su planeación formativa, se estableció en 1885 en la capital veracruzana, su director, Enrique C. Rébsamen” (p. 30).

[7] (1828-1890) fue un socialista y anarquista griego, activista del movimiento campesino en México durante el siglo XIX.

[8] (¿?-1868) campesino socialista, discípulo de P. C. Rhodakanaty.

[9] Recuérdese a E. C. Rébsamen, C. A. Carrillo, E. Castañeda Núñez, A. Castellanos, L. Aguirre Espina, entre otros.

[10] Piénsese en G. Torres Quintero y J. Sierra Méndez.

[11] Presidente de México de 1911 a 1913.

social, el compromiso social o la democracia.

En este contexto, el papel del normalismo en las demandas sociales se hace más fuerte, con su participación al proyectar una Escuela Moderna o con los maestros que debatieron el Art. 3º constitucional en 1917; no obstante, “fueron pasados por alto los requerimientos salariales y de prestaciones que (...) demandaban” (p. 65). El compromiso libertador no daba tregua entre los profesores, pese a su bajo reconocimiento económico, intentando crear la Escuela Normal Socialista o escuelas racionalistas, que representaban el camino para establecer otro orden social. La represión a las manifestaciones, como la que desarticuló en 1919 V. Carranza¹², contrastaban con los discursos oficiales que veían en el normalismo y la educación rural, el instrumento fundamental para la nueva educación mexicana. Un maestro rural transformador de su realidad, tanto de sus propias condiciones de vida como las de su comunidad –aparece en el argumento de la obra– es el origen de los rasgos principales del maestro disidente contemporáneo. Así, por ejemplo, ya para la época del cardenismo¹³, era común que el profesorado velara por las causas del pueblo, concientizara y propiciara el progreso. Ser maestro rural era sinónimo de practicar la educación popular; con las Misiones Culturales¹⁴ comienza la germinación del sindicalismo magisterial.

Las organizaciones magisteriales empiezan a florecer a lo largo del país, como la Federación Nacional de Maestros en 1926, pero el sectarismo en cada una de ellas —generalmente constitucionalista, anarquista y marxista—, desmoronaban los intentos de unificación, además organizaciones como la Confederación Nacional de Organizaciones Magisteriales (CNOM), jugaron el papel pionero de comparsa ante el poder. Inclusive, en

[12] Presidente de México de 1917 a 1920.

[13] Periodo presidencial (1934-1940) de L. Cárdenas del Río.

[14] “Consistió en enviar profesores al campo para enseñar el castellano (...), que además aprendieran a sumar, restar, multiplicar y dividir. (...) Los maestros que acudieron al llamado del ministerio fueron conocidos como ‘misioneros’ (...), organizando en cada región la escuela rural, la cual debía ser capaz de responder a las características propias del territorio” (pp. 70-71).

pleno cardenismo, hubo denuncias de corporativismo hacia el magisterio, que centraba sus demandas en el salario y la estabilidad laboral, lo cual persistió hasta el gobierno de M. Ávila Camacho¹⁵, previo a la consumación de corporativizar al magisterio con la creación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) en 1943. La estocada del sindicalismo blanco en el SNTE se suscitó a través de la recaudación de las cuotas sindicales y las evidentes prácticas que siempre invitaban a la desmovilización, por lo que, además de las reivindicaciones de antaño, la demanda de democracia sindical nació junto con la conformación del SNTE. De aquí en adelante, el denominado charrismo sindical, es decir, “dirigentes corruptos, proempresariales y (...) que aplican una política colaboracionista con el gobierno” (p. 106) se extendió al interior del SNTE, marcando la pauta para el comienzo de las luchas magisteriales contra la dirigencia del sindicato oficial.

Es la Sección 9 de la Ciudad de México, la primera en movilizarse al margen del SNTE, en octubre de 1948, bajo la exigencia de aumento salarial y participación en el sindicato. En lo sucesivo vendrán una infinidad de reclamos ante la obstaculización que siempre pondrá el SNTE para desmotivar la emergencia de la resistencia magisterial, así como las diferentes artimañas para imponer en cada Comité a los profesores más fieles a los dictados del Estado. Por lo anterior, arribarán intentos de organizaciones disímboles, como el Frente Nacional de Unificación Magisterial (FNUM) en 1951 o la Acción Revolucionaria Sindical (ARS) en 1954, pero sobre todo, la constitución de un espacio que será crucial para la conformación del magisterio disidente: las asambleas, que traerán la democracia y la comunicación con el profesorado, las familias y la comunidad. A través de figuras como Othón Salazar¹⁶ y su Comité Ejecutivo Sindical, posteriormente consolidado en el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), las afinidades y

[15] Presidente de México de 1940 a 1946.

[16] Sindicalista mexicano (1924-2008), quien luchó activamente contra la opacidad de la dirigencia del SNTE y colaboró en el MRM.

acciones programáticas de carácter laboral, servirán de aliciente para nutrir las huelgas en la Secretaría de Educación Pública (SEP), bajo el respaldo de padres de familia, y que llevarán a varios profesores a conocer las celdas de Lecumberri¹⁷ o la respectiva represión administrativa, como ceses y cambios de adscripción.

Ni los gobiernos de los presidentes A. López Mateos¹⁸ y G. Díaz Ordaz¹⁹ atenderán las demandas del magisterio, por lo que los remanentes del othonismo habrán de incidir en la creación de nuevas formas de organización y prácticas reivindicativas, como los Comités de Lucha, siempre en relación con los rasgos éticos de un “educador que se sabe pueblo” (p. 136). Ante el descontento cada vez mayor de profesores que no se identifican con la dirigencia sindical del SNTE, emerge desde sus entrañas un grupo de choque denominado Vanguardia Revolucionaria, el cual, a través de privilegios a maestros, intentará calmar la irrupción de una fuerza sindical que rebasa el corporativismo, a saber, la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE), que se conformará bajo la visión de promover la unidad, al tiempo que expresaba “el sentir de numerosos sectores de la sociedad excluidos” (p. 148). Con la bandera de la democratización y las mejoras salariales, la CNTE definirá una estrategia radical y que había sido reprimida durante años: la movilización y la acción política. Como organización cercana al pueblo, desde sus inicios, la CNTE buscará superar el gremialismo e incluir las demandas sociales más sentidas, las cuales provienen de los padres de familia de sus comunidades. Esto significa que, contrario a lo sucedido con el SNTE, el autor del libro intenta mostrar que la CNTE será una coordinadora de masas que traduce las variantes del descontento social.

Con su particular táctica, la “movilización-negociación-movilización” (p. 164), la CNTE establecerá otra cara a lo que comúnmente se reconocía en las organi-

zaciones magisteriales, vinculada de manera constante a los frentes sociales, como ejemplo de su compromiso social. Si bien desde sus inicios no será reconocida por el Comité Ejecutivo Nacional del SNTE²⁰ y el Gobierno, será una opción de lucha ante el charrismo. Las demandas existentes hasta entonces, prácticamente surgidas en trayectoria histórica, serán (1) el reconocimiento profesional, (2) mejores condiciones laborales y (3) la democracia sindical; pero en el contexto inicial del neoliberalismo, como un aspecto inusitado y tomando en cuenta la filosofía y pedagogía latinoamericana, la CNTE incluirá otro elemento a sus reivindicaciones: (4) un proyecto de educación alternativa. Debe añadirse que, a juicio de nuestro autor, un acierto primordial en la estrategia de lucha magisterial, será el declararse ajena a partido político alguno, a fin de evitar el corporativismo.

Todas estas características se perfilarán a lo largo de la historia de la CNTE, desde su fundación en 1979, pasando por las diferentes etapas de lucha, como la primavera magisterial (huelga acontecida en 1989), la lucha contra la Alianza por la Calidad de la Educación (ACE) (movilizaciones y protestas en 2008), hasta la resistencia a la Reforma Educativa del presidente E. Peña Nieto²¹ en 2013. Son luchas magisteriales que tienen como denominador común la crítica al verticalismo del SNTE, la precarización docente y la construcción de una educación que coadyuve a la consecución de otro horizonte de vida. Cada una de las experiencias denotará los aciertos y errores, mismos que serán la pauta para definir los principios de la CNTE y sus programas políticos, así como exponer la autocrítica a fin de evitar el gremialismo.

La lucha magisterial se presenta como el esclarecimiento de una ética cercana al pueblo, desde la democracia y en todo momento bajo la solidaridad con otros frentes de resistencia. Es una lucha que,

[17] Espacio que sirvió como penitenciaría de 1900 a 1976.

[18] Periodo de 1958 a 1964.

[19] Periodo de 1964 a 1970.

[20] El Comité Ejecutivo Nacional es el órgano de dirigencia sindical del SNTE, en muchos casos denunciado por representar espacios de cacicazgo y corrupción.

[21] Periodo de 2012 a 2018.

En defensa de las **LUCHAS** Magisteriales

Enrique Ávila Carrillo



Ediciones Quinto Sol



recientemente, incorpora el tema pedagógico, a través de un programa que se construye en comunidad y que genera valores transformativos, sin dejar de lado la vigencia del normalismo. Es cierto que esta obra narra también cómo los profesores reivindican sus derechos, pero lo hace dentro del entramado que significa la lucha social.

El trabajo de Ávila Carrillo quizá puede ser una buena añoranza para todos los profesores –veteranos, si se permite la expresión– que se identifican con las luchas magisteriales, pero es, sobre todo, un excelente baúl para el profesorado joven, que se interroga sobre su realidad social y educativa, y que con sus buenos ojos –mismos que se requieren para la diminuta letra del libro– puedan fortalecer las rutas de acción (organizativa, política, jurídica, pedagógica), en tanto la

defensa de la educación pública forme “parte del bien común” (p. 262). La obra representa, a nuestro juicio, la historia más completa hasta ahora de la resistencia magisterial en México, la cual, al tiempo que evidencia el carácter político de la educación, también evidencia el rasgo subalterno de quienes luchan contra el capitalismo, en términos laborales, y contra su intromisión en la definición de la educación que necesita México. Pese a todo, su lectura, ya sea para estudiosos del movimiento social o para los militantes mismos, habrá de entenderse para el porvenir, esto es, para un tiempo abierto a novedades.

Referencias

Ávila Carrillo, E. (2019). *En defensa de las luchas magisteriales*. Ciudad de México: Quinto Sol.